



El espacio público como lugar y su importancia en las teorías sobre patrimonio

Alfredo Conti, arquitecto. Laboratorio de Investigaciones del Territorio y el Ambiente (LINTA-CIC), Argentina. Consejo Internacional de Monumentos y Sitios (ICOMOS)

Durante la segunda mitad del siglo XX, la noción de patrimonio ha pasado por una notable expansión, que se traduce en la consideración de nuevos tipos y escalas de bienes. El interés por la protección y conservación se ha desplazado, a la vez, de los monumentos aislados a unidades espaciales más complejas, que alcanzan la escala territorial. En esta expansión, la importancia concedida al espacio público ha ido paralelamente en aumento; por un lado por la inclusión de categorías patrimoniales específicas, como los parques y jardines históricos, a la vez que por la consideración de los espacios sociales como contenedores de una serie de prácticas comunitarias que son reconocidas como patrimonio intangible. En este sentido, el espacio público adquiere la categoría de “lugar” por excelencia y se convierte en objeto de protección y conservación. El artículo propone la exploración sobre la vinculación entre los conceptos de lugar, espacio público y patrimonio.

The public space as a place and its importance in the theories of heritage

During the second half of the 20th century, the idea of heritage has been largely expanded by considering new types and scales of assets. The interest to protect and conserve has turned (at the same time) his focus from isolated monuments to more complex space units on a territorial scale. The importance of the public space in this expansion has increased on a parallel basis: including specific heritage categories, as parks and historical gardens, and considering the social spaces as containers of different common practices recognised as intangible heritage. In this regard, the public space obtains the category of "place" par excellence and becomes a protected object of heritage conservation. This article proposes to explore the link between the place, public space and heritage concepts.

El concepto de lugar y su validez para los espacios públicos

Lugar, espacio público, patrimonio. Los tres conceptos alrededor de los cuales se desarrollarán las notas que siguen se encuentran íntimamente vinculados, aunque en ocasiones tal relación no se mencione de forma explícita en textos y documentos. La idea central de este artículo es que, en las ciudades y áreas urbanas históricas, el espacio público cumple cabalmente con las condiciones del sentido de “lugar”, a la vez que, más allá del posible reconocimiento oficial como tal, constituye un componente patrimonial esencial para la identidad cultural de la comunidad. Para iniciar el desarrollo de estas ideas proponemos comenzar por el análisis del concepto de lugar y su validez para los espacios públicos. El tema es de por sí vasto y excedería, en caso de intentar un desarrollo exhaustivo, los límites y alcances de este artículo; por lo tanto procederemos a una referencia sucinta que permita dejar sentadas algunas ideas al respecto, para pasar luego a analizar cómo el espacio público está contemplado en las teorías sobre el patrimonio.

El término latino *locus* tiene connotaciones que van más allá de la mera referencia al espacio. Joan Corominas (2003: 367) hace referencia a la idea de “local” en el sentido de “del lugar”. O sea que “lugar”, según su etimología, no se refiere a cualquier espacio, sino a un espacio con connotaciones “locales” en contraposición a lo que es extraño o foráneo. “Lugar” implica entonces un espacio vinculado a una determinada identidad que se diferencia de otras ajenas. La preocupación por el lugar aparece desde la antigüedad; en el segundo de sus diez libros, Vitruvio determinaba condiciones para la elección del lugar, tanto para el establecimiento de una ciudad como para sus espacios de uso común. En el siglo XX, teóricos de la arquitectura como Cristian Norberg-Schulz han basado parte de sus análisis y propuestas en la noción de lugar. Por su parte, Aldo Rossi hace abundantes referencias a la idea de *locus* en su obra principal, *La Arquitectura de la ciudad*; al finalizar un capítulo dedicado al *locus* lo señala como “un hecho singular determinado por el espacio y por el tiempo, por su dimensión topográfica y por su forma, por el ser sede de vicisitudes antiguas y modernas, por su memoria” (ROSSI, 1982: 189).

En lo que concierne a una posible definición de espacio público, Jorge Benavides Solís (1999: 91) cita en su *Diccionario razonado de bienes culturales* una definición de Zarza Ballunguera, en la que se proponen algunos atributos del objeto: “(...) nos pertenece a todos como

colectividad organizada, claramente definido por las alineaciones que lo separan del espacio parcelado, interconectado y continuo, permite la comunicación urbana”. Surge, de tal definición, que reconozcamos como espacio público, de forma prioritaria, a los espacios libres de la ciudad, es decir, las calles, las plazas, los parques. La cita menciona, además, un aspecto funcional básico: la comunicación, lo cual implica circulación, intercambio, lenguaje y código compartido.

El espacio público es por lo tanto el espacio de la comunicación entre los integrantes de la comunidad, la cual puede adoptar diversas formas como el comercio, la fiesta, el paseo, la conversación, la asamblea. La vinculación de estas ideas con el concepto de lugar, en el sentido de lo propio, del espacio dotado de identidad, surge entonces de manera directa. ¿Qué más representativo que la plaza o la calle para definir el espacio donde la comunidad expresa y encuentra su propia identidad? Podemos afirmar que el espacio público resulta, por excelencia, un lugar. Por contraposición al espacio privado, fundamentalmente doméstico, en el que se expresa la identidad del individuo y del grupo familiar, el espacio público es el lugar de la vida comunitaria.

Durante las últimas décadas, algunos aportes provenientes del campo de las ciencias sociales proponen nuevas miradas sobre la relación entre lugares, espacios públicos e identidad. Marc Augé toma de Michel de Certeau el término “no lugares”, a los que define como espacios del anonimato, propios de la sobremodernidad, espacios no antropológicos referidos a dos realidades complementarias pero distintas (AUGÉ, 1998: 81 y ss.). Autopistas, grandes centros comerciales y aeropuertos constituyen típicos “no lugares”, opuestos a los lugares de la ciudad tradicional, cargados de historia e identidad. Por su parte, Néstor García Canclini, al desarrollar el concepto de la hibridación cultural, identifica en la expansión urbana una de sus causas. La irrupción de los medios masivos de comunicación modifica los vínculos entre lo privado y lo público y, si bien se nota un “juego de ecos”, “la cultura urbana es reestructurada al ceder el protagonismo del espacio público a las tecnologías electrónicas” (GARCÍA CANCLINI, 2005: 264).

Frente a esta situación, la consideración del espacio público en calidad de patrimonio lo *resignifica* como referente fundamental de la identidad de la ciudad. ¿En qué medida el espacio público, entendido como lugar, puede ser considerado patrimonio? Adelantando algunas conclusiones de estas notas, diremos que, aún antes de ser



Cartagena de Indias, Colombia. El espacio público como ámbito de la vida comunitaria. Foto: Barbara Caffi

incluido y consagrado en documentos internacionales en los que se fija la teoría acerca del patrimonio, el espacio público es un espacio patrimonial por excelencia. Para explicar tal aseveración, proponemos un recorrido sucinto por la evolución del concepto de patrimonio y por el modo en que el espacio público aparece en los documentos internacionales sobre la materia.

La evolución del concepto de patrimonio. Patrimonio tangible e intangible

El concepto de patrimonio, inicialmente ligado a estructuras familiares y económicas estables, ha pasado por una notable ampliación semántica que, a través de los diferentes adjetivos que lo recalifican, lo ha convertido en un concepto “nómade” (CHOAY, 1992: 9). En el marco de referencia de nuestra competencia, reseñaremos en este apartado cómo la idea de patrimonio ha evolucionado, particularmente durante la segunda mitad del siglo XX y lo que va del actual, para incorporar nuevas categorías y escalas de bienes. La primera pregunta a responder es qué entendemos, en la actualidad, con el término patrimonio. Al respecto, Llorenç Prats propone una definición que, en relación con los alcances de estas notas,

parece adecuada como punto de partida: el factor determinante del patrimonio es “su carácter simbólico, su capacidad para representar simbólicamente una identidad” (PRATS, 1995: 22). Corresponde aclarar que el empleo de la palabra “patrimonio” en el campo de los bienes culturales es relativamente reciente; su uso se impuso paulatinamente en textos y documentos internacionales a partir de la década de 1970, en reemplazo de los términos “monumento” o “monumento histórico” que, a pesar de continuar en uso, denotan, como veremos, un sentido más restringido.

Françoise Choay localiza el nacimiento de la idea de monumento histórico en Roma hacia 1420 (CHOAY, 1992: 25). En coincidencia con el florecimiento de la modernidad renacentista, artistas y escritores italianos comenzaban a valorar los restos materiales del pasado romano como testimonios tangibles de una civilización desaparecida que, de algún modo, se quería revivir. En esa etapa inicial de lo que podría denominarse una teoría moderna del patrimonio, el concepto estaba ligado pues a un universo sumamente restringido: los restos materiales de la antigüedad clásica. Los viajes realizados por intelectuales y artistas de otras regiones de Europa a la península itálica con el fin de tomar contacto personal con los monumentos históricos condujo, paulatinamen-



Purmamarca, Argentina. Foto: Matías Carranza



Purmamarca, Argentina. Conjunto patrimonial integrado por espacio público, arquitectura modesta y marco natural. Foto: Alfredo Conti

te, a la consideración de las “antigüedades nacionales”, es decir, los testimonios del pasado existentes en cada país y su inclusión en el universo patrimonial. La valoración del arte medieval, particularmente del Gótico, en su doble sentido histórico y artístico, se inició a fines del siglo XVIII y encontró su eclosión con la cultura romántica de la primera mitad del XIX. A la vez, monumentos provenientes de otras épocas o culturas ampliaban el campo patrimonial, pero siempre con una restricción consistente en su carácter de obras de alta significación histórica y estética. Por otra parte, al promediar el siglo XVIII surgió la idea de restauración como un conjunto de operaciones destinadas a conservar el monumento como testimonio del pasado, sin intenciones de actualizarlo. Se consideraba al monumento como un objeto que ha concluido su ciclo formal y lingüístico, por lo cual no resulta posible transformarlo ni recrearlo, sino que todas las intervenciones deben tender a su conservación y transmisión a generaciones futuras.

Asimismo, resulta significativo el aporte inglés a la ampliación del universo patrimonial. Además de la valoración del Gótico, entendido en este caso como arte nacional, cupo a William Morris un aporte fundamental, al establecer que junto a los monumentos deben protegerse también sus ambientes históricos y al llamar la atención sobre los entornos monumentales, aun cuando sus componentes individuales pudieran carecer de valor. Con estas consideraciones, se abría el camino hacia la valoración de obras no monumentales como parte del patrimonio cultural y de una ampliación en la escala de los bienes al incluirse los entornos o ambientes urbanos.

A fines del siglo XIX e inicios del XX, desde Italia llegó un nuevo aporte cuando, sobre todo a través de Gustavo Giovannoni, se acentuó la valoración de la “arquitectura menor”, término propuesto como oposición a los edificios monumentales, y de los centros históricos. La paulatina ampliación del concepto de monumento quedó plasmada en la Carta de Venecia, de 1964, que lo define como “la creación arquitectónica aislada así como también el sitio urbano o rural que nos ofrece el testimonio de una civilización particular, de una fase representativa de la evolución o progreso o de un suceso histórico. Se refiere no sólo a las grandes creaciones sino igualmente a obras modestas que han adquirido, con el tiempo, un significado cultural”. A pesar del uso continuado del término “monumento” en lugar del más amplio “patrimonio”, queda claro en el párrafo transcrito que, bajo el rótulo de “obras modestas”, se consideraban ya bienes que no gozaban de un lugar privilegiado en la historia de la humanidad en general y del arte y la arquitectura en particular. Por otra parte, la inclusión de la idea de “sitio urbano o rural” da lugar a la consideración del espacio público, en conjunción con los edificios, como componente patrimonial.

Durante las últimas décadas del siglo XX la noción de patrimonio no ha cesado de expandirse. A partir de lo establecido por la Carta de Venecia, diversas categorías y escalas de bienes se han incorporado al universo patrimonial: jardines históricos, patrimonio vernáculo, industrial, rural, moderno, etc. En lo que concierne a la ampliación de escala, dos nociones importantes enriquecen el repertorio: los paisajes y los itinerarios culturales.



Cartagena de Indias (Colombia). Foto: Barbara Caffi



Jardín del Príncipe en Aranjuez, municipio inscrito en la Lista del Patrimonio Mundial como paisaje cultural. Foto: Albert Cortel

El concepto de paisaje cultural fue incorporado en las Directrices Prácticas para la aplicación de la Convención del Patrimonio Mundial en 1992 y se refiere a los bienes que son el resultado de la acción conjunta entre el ser humano y la naturaleza. En esta categoría es posible reconocer tres tipos básicos. En primer lugar, los paisajes concebidos y contruidos con fines estéticos, entre los que se incluyen jardines y parques. Luego los paisajes que surgieron a partir de una finalidad o imperativo precisos, de orden económico, social o religioso y que han pasado por una evolución a través del tiempo. Entre estos últimos se pueden distinguir aquellos cuya evolución tuvo un fin en un momento determinado, aunque es posible reconocer huellas materiales (paisajes fósiles), o bien los que continúan su evolución hasta el presente, incorporando los aportes de sucesivas generaciones. Finalmente, los paisajes asociativos, en los cuales puede no existir intervención humana material, sino que su identidad patrimonial está dada por su significado, habitualmente ligado a aspectos religiosos o históricos. En este último tipo, la incorporación de componentes intangibles juega un papel preponderante.

A su vez, los itinerarios culturales, incorporados en las mencionadas Directrices en la edición 2005, surgieron a partir de la inscripción del Camino de Santiago de Compostela, por parte de España, en la Lista del Patrimonio Mundial, de una serie de reuniones científicas iniciadas en 1994 y de la labor intensa y continuada del Comité Científico Internacional sobre Paisajes Culturales del ICOMOS. Se los define como “toda vía de comunicación terrestre, acuática o de otro tipo, física-

mente determinada y caracterizada por poseer su propia y específica dinámica y funcionalidad histórica que reúna las siguientes características: a) ser resultado y reflejo de movimientos interactivos de personas, así como de intercambios multidimensionales, continuos y recíprocos de bienes, ideas, conocimientos y valores dentro de un país o entre varios países y regiones, a lo largo de considerables períodos de tiempo; b) haber generado una fecundación múltiple y recíproca de las culturas en el espacio y en el tiempo que se manifiesta tanto en su patrimonio tangible como intangible” (SUÁREZ-INCLÁN, 2003).

Esta categoría resulta interesante, en el campo conceptual, en dos aspectos. Por un lado, su carácter comprensivo, ya que los itinerarios culturales agrupan, por definición, a diversas categorías patrimoniales: paisajes naturales y culturales, centros urbanos, monumentos de diversa índole, obras de ingeniería, patrimonio inmaterial, etc. Por otro lado, la extensión de la escala de los bienes patrimoniales más allá de fronteras de países y aún de continentes. Basta citar, a modo de ejemplos de itinerarios, la Ruta de la Seda o el Camino Real Intercontinental, en este último caso vinculando los países ibéricos con sus territorios en América, Asia y África.

Durante las dos últimas décadas, conjuntamente con la evolución del concepto de patrimonio tangible o material, ganó terreno la consideración, estudio y protección del patrimonio intangible. En el ámbito internacional, un primer paso significativo fue la Recomendación de UNESCO sobre la cultura tradicional y popular, de 1989, referida al “conjunto de creaciones que emanan de una comunidad

cultural fundadas en la tradición, expresadas por un grupo o por individuos y que reconocidamente responden a las expectativas de la comunidad en cuanto expresión de su identidad cultural y social; las normas y los valores se transmiten oralmente, por imitación o de otras maneras”. Sus formas comprenden la lengua, la literatura, la música, la danza, los juegos, la mitología, los ritos, las costumbres, la artesanía, la arquitectura y otras artes.

En 1998 la UNESCO creó una distinción internacional denominada *Proclamación de las obras maestras del patrimonio oral e inmaterial de la humanidad*. En este caso, se trata de formas de expresión orales y tradicionales, tales como lenguas, literatura oral, danzas, música, juegos, mitología, rituales, costumbres, técnicas artesanales, espacios culturales y asociados a un ritmo temporal que hace que un determinado acto se reproduzca regularmente. Como culminación de este proceso de reconocimiento, UNESCO adoptó en 2003 la Convención sobre la salvaguardia del patrimonio cultural inmaterial, definiéndolo como “los usos, representaciones, expresiones, conocimientos y técnicas -junto con los instrumentos, objetos, artefactos y espacios culturales que les son inherentes- que las comunidades, los grupos y en algunos casos los individuos reconozcan como parte integrante de su patrimonio cultural”. Este patrimonio, que se transmite de generación en generación, es recreado constantemente por las comunidades y grupos en función de su entorno, su interacción con la naturaleza y su historia, infundiéndoles un sentimiento de identidad y continuidad y contribuyendo así a promover el respeto de la diversidad cultural y la creatividad humana.

También en 2003 UNESCO estableció la categoría de *Tesoros Humanos Vivos*, entendiendo por tales a las personas que encarnan, en grado máximo, las destrezas y técnicas necesarias para la manifestación de ciertos aspectos de la vida cultural de un pueblo y la perdurabilidad de su patrimonio cultural material.

En su concepción actual, se acepta que, retomando palabras de Llorenç Prats, el patrimonio es una invención y una construcción social. Se trata, fundamentalmente, de depositar en determinados objetos, materiales o inmateriales, un carácter simbólico que representa la identidad cultural de una comunidad. En tal sentido, todo bien patrimonial cuenta con un componente intangible consistente en su mensaje, valor o significado. A modo de síntesis de este apartado, consideramos que la definición propuesta por ICOMOS en 1999 en su Carta Internacional sobre Turismo Cultural se hace eco adecuadamente de los últi-

mos avances, al utilizar la palabra “patrimonio” ya sin adjetivos y establecer que la noción es amplia e incluye “sus entornos tanto naturales como culturales. Abarca los paisajes, los sitios históricos, los emplazamientos y entornos construidos, así como la biodiversidad, los grupos de objetos diversos, las tradiciones pasadas y presentes, y los conocimientos y experiencias vitales”.

La consideración del espacio público en los documentos internacionales sobre patrimonio

Los documentos internacionales sobre patrimonio constituyen un fenómeno característico de la segunda mitad del siglo XX. Resultado de congresos, reuniones de expertos o emanados de organismos gubernamentales o no, estos textos, presentados bajo la forma de cartas, recomendaciones o declaraciones, conforman el corpus teórico que rige en la materia. El cúmulo de documentos, su variable extensión o alcance temático y territorial hace que tal corpus crezca año a año, con una inevitable cuota de reiteración en los conceptos fundamentales o en las recomendaciones prácticas. Con el fin de verificar cómo el espacio público es considerado en estos documentos, procederemos a una referencia a los principales, a los que, más allá de su alcance territorial, constituyen, a nuestro entender, hitos en la evolución de la teoría sobre el patrimonio.

Cabe acotar que resulta posible identificar períodos en la historia del desarrollo de los documentos internacionales. Hasta fines de la década de 1960 (en que el número, por otra parte, era sumamente escaso), el acento estuvo puesto en la noción de monumento, entendiendo como tal a los edificios o conjuntos edilicios de destacado valor desde los puntos de vista de la historia, el arte o la ciencia. Los contenidos, por otra parte, estaban dirigidos particularmente a guiar las acciones de conservación o restauración, es decir, la intervención directa que asegurara la pervivencia de los componentes físicos. A partir de la década de 1970 aparecen documentos que se refieren no sólo a cuestiones técnicas sino que incluyen especificaciones sobre aspectos de gestión y planificación. A la vez y en relación con la evolución del concepto de patrimonio, se incorporan consideraciones que alcanzan no sólo a las obras monumentales sino también a otras categorías patrimoniales. Esta tendencia se hizo más evidente a partir de la década de 1980 hasta la actualidad, en que aparecen documentos referidos a una determinada categoría patrimonial (jardines históricos, patrimonio arqueológico,

vernáculo, subacuático, etc.). Las preocupaciones de los primeros años del nuevo siglo incluyen la incorporación de nuevas categorías, como el patrimonio intangible o los itinerarios culturales, a la vez que ponen el acento no sólo, o no tanto, en el objeto patrimonial, sino en consideraciones respecto a su entorno.

El primer documento internacional sobre patrimonio es la Carta de Atenas de 1931, resultado de la Primera Conferencia Internacional de Arquitectos y Técnicos de Monumentos Históricos, convocada por la Oficina Internacional de Museos. El documento está referido básicamente al contexto europeo y consagra parte de sus recomendaciones a contrarrestar la influencia que en el campo de las intervenciones tenían las restauraciones “en estilo” derivadas de la teoría de Eugène E. Viollet-le-Duc. La concentración en el monumento entendido como obra individual hace que el tema del espacio público prácticamente no sea mencionado, excepto en un párrafo en que se recomienda “respetar en la construcción de los edificios el carácter y la fisonomía de la ciudad, esencialmente, en la proximidad de monumentos antiguos, casos para los cuales el ambiente debe ser objeto de atención particular. Igual respeto debe tenerse por aquellas perspectivas particularmente pintorescas. También pueden ser objeto de estudio las plantaciones y ornamentos vegetales adjuntos a ciertos monumentos o grupos de monumentos, para conservar el carácter antiguo. Se recomienda sobre todo la supresión de publicidad, de superposición abusiva de postes e hilos telegráficos, de industria ruidosa e invasora, en proximidad de los monumentos”. Resulta interesante constatar que estas recomendaciones aparecen bajo el acápite “Enriquecimiento estético de los monumentos antiguos”; la preocupación por el espacio público no resulta en todo caso de una valoración del mismo sino más bien de su consideración como marco de los edificios monumentales.

Más de treinta años habrían de pasar hasta que un nuevo documento internacional viera la luz: la Carta Internacional para la conservación y la restauración de los monumentos y los sitios, conocida como Carta de Venecia en razón de ser producto del Segundo Congreso Internacional de Técnicos en Conservación de Monumentos, reunidos en la ciudad italiana en 1964. A pesar de sus más de cuarenta años de vida, de su breve extensión y de algunos intentos por reemplazarla por otro texto, la Carta de Venecia continúa ejerciendo su papel de piedra angular de la teoría de la conservación y restauración. Su perdurabilidad se debe a que plantea principios teóricos contundentes y adaptables, a través de



Summer matsuri festival en East Shinjuku (Tokyo, Japón). Foto: Sean Byron



Festival de los niños (Cuzco, Perú). Foto: Matthew Logelin



El espacio público como marco del monumento. Iglesia de San Francisco (Quito, Ecuador). Foto: Victor Fernández Salinas



Antigua (Guatemala). Foto: Isabel Luque Ceballos

En su poquito de presencia
terrestre cabe pese a todo la
sonrisa, abandonada entre los
árboles y vigilada por la Vía
Láctea.
Aquí se es feliz sin escándalo y
desgraciado sin apuro.

Mario Benedetti. "Paisito". En *Vivir Adrede*

1. Cuzco, Perú. Foto: Isabel Luque Ceballos
2. Salvador de Bahía, Brasil. Foto: Isabel Luque Ceballos
3. Aranjuez. Foto: Albert Cortel

1





Vuelve la hora feliz. Y es que no hay nada
sino la luz que cae en la ciudad
antes de irse la tarde,
el silencio en la casa y, sin pasado
ni tampoco futuro, yo.



Chile. Zona de protección que incluye topografía y arquitectura popular. Foto: Daniel Cortez. Fuente: Flickr

trabajos de exégesis, a diferentes categorías de bienes patrimoniales y contextos geográficos culturales. El primer aporte fundamental de la Carta de Venecia es su definición de monumento, ya mencionada al reseñar la evolución del concepto de patrimonio. La inclusión de la idea de “sitio urbano o rural” da lugar a la consideración del espacio público, en conjunción con los edificios, como componente patrimonial. No hace referencias significativas, no obstante, al tratamiento de los espacios públicos; sólo cabe mencionar que recomienda que las medidas de protección de un monumento se extiendan a un entorno a su escala, lo cual implica que, en caso de subsistencia del entorno tradicional “éste será conservado, y toda construcción nueva, toda destrucción y todo arreglo que pudieran alterar las relaciones de volumen y color deben prohibirse”. Especifica además que “los sitios monumentales deben ser objeto de cuidados especiales a fin de salvaguardar su integridad y asegurar su saneamiento, su arreglo y su valorización”.

El documento conocido como *Normas de Quito* es el resultado de una reunión convocada por la Organización de Estados Americanos en 1967. Resulta novedoso el enfoque ya que, haciendo referencia a la particular situa-

ción de las naciones iberoamericanas, vincula por primera vez y con inusitada contundencia al patrimonio con aspectos económicos y sociales, toma al patrimonio como un recurso para el desarrollo y establece la necesidad de incorporarlo en las agendas de gobierno y en los planes nacionales. Utilizando el concepto de “puesta en valor”, reitera lo dicho en Venecia acerca de la necesidad de extender la protección al entorno de los monumentos. En relación con el ámbito jurídico, recomienda la delimitación de zonas: de protección rigurosa, de protección o respeto y de protección del paisaje urbano. Con distintos grados de protección, estas zonas incluyen tanto a los edificios, monumentales o no, como a los espacios públicos.

En la década de 1970, tres documentos resultan merecedores de atención. En 1972 la Asamblea General de UNESCO adoptó la Convención relativa a la salvaguarda del patrimonio mundial cultural y natural. Su carácter jurídico hace de éste un documento particular, ya que requiere la formal ratificación o aceptación por parte de los Estados. Esta convención tuvo un éxito que supera a otros documentos de su género; hasta el presente ha sido ratificada por 183 Estados, a la vez que la Lista del Patrimonio



Vista de la plaza de armas en Cuzco, Perú. Conjunto integrado por espacio público, edificios monumentales y tejido urbano. Foto: Gustavo Vargas

Mundial, que establece en su artículo 11 y que incluye en la actualidad 830 bienes culturales, naturales y mixtos. Por otra parte, el mecanismo de gestión y cooperación internacional que genera se ha erigido como el más sólido hasta la fecha. Se trata de un documento que pone el acento en cuestiones de gestión más que en principios teóricos o doctrinarios; resulta oportuno, no obstante, mencionar que el significativo aporte conceptual de la Convención está en reunir, en un único texto, al patrimonio cultural con el natural, dos categorías que, hasta entonces, corrían por carriles claramente diferenciados.

El año 1975 fue declarado en Europa Año del Patrimonio. A modo de culminación se realizó un congreso en Ámsterdam del que surgió una declaración que lleva el nombre de la capital holandesa. Los aportes fundamentales residen en la incorporación del concepto de “conservación integrada” y en el paso de la consideración de monumentos aislados a unidades espaciales más complejas, puesto que define el patrimonio a partir de la inclusión “no sólo de edificios individuales de excepcional calidad y sus entornos, sino también todas las áreas de ciudades o pueblos de interés histórico o cultural (...) hoy es necesaria la protección de ciudades históricas,

viejos barrios de ciudades y ciudades y pueblos con un carácter tradicional, así como parques y jardines. La conservación de estos conjuntos arquitectónicos puede ser encarada sólo en una perspectiva amplia, que abarque a todos los edificios de valor cultural, desde el más grandioso hasta el más humilde. Sin olvidar a los de nuestros días junto con sus entornos”. Por otra parte, se define con absoluta claridad la relación entre conservación y planeamiento, ya que “la conservación arquitectónica debe ser considerada no como un ítem marginal sino como un objetivo principal del planeamiento urbano y rural”. Hace referencia asimismo a los estudios que son necesarios encarar para la intervención en áreas: “para hacer posible la necesaria integración se requiere un inventario de edificios, conjuntos arquitectónicos y sitios, demarcando las zonas protegidas alrededor de ellos”. A la vez, las autoridades municipales deberían “usar como base de estudio el tejido de áreas urbanas y rurales, especialmente su estructura, sus funciones complejas y las características arquitectónicas y espaciales de sus espacios edificados y abiertos”.

Un año más tarde, UNESCO adoptó la Recomendación relativa a los conjuntos históricos y su función en la vida



Festival de los niños (Cuzco, Perú). Foto: Matthew Logelin

contemporánea, más conocida como *Recomendación de Nairobi*, en alusión a la ciudad en que se desarrolló la Conferencia General de 1976. Se considera conjunto histórico o tradicional “todo grupo de construcciones y de espacios (...) que constituyan un asentamiento humano tanto en medio urbano como en medio rural y cuya cohesión y valor son reconocidos desde el punto de vista arqueológico, arquitectónico, histórico, estético o socio-cultural”. Se incluye en estos conjuntos a las ciudades históricas, los antiguos barrios urbanos, las aldeas y los caseríos. A la vez, se define como “medio” al “marco natural o construido que influye en la percepción estética o dinámica de los conjuntos o se vincula a ellos de manera inmediata en el espacio o por lazos sociales, económicos o culturales”. Los párrafos citados dejan en claro cómo en estos documentos de los 70 el espacio público comienza a adquirir valor patrimonial en sí y ya no como marco de edificios monumentales.

En la década de 1980, con la elaboración de documentos referidos a categorías patrimoniales determinadas, encontramos referencias específicas a los espacios públicos. En 1981 el ICOMOS y el IFLA (Federación Internacional de Arquitectos del Paisaje) elaboraron conjuntamente la denominada Carta de Florencia, adoptada por ICOMOS en calidad de documento oficial un año más tarde, referida a los jardines históricos. En 1987 el ICOMOS adoptó la Carta Internacional para la conservación de ciudades y áreas urbanas históricas. Este documento establece, en calidad de valor a proteger, la imagen de la ciudad; entre los elementos componentes se hace mención a la forma urbana, definida por la trama y el parcelario y a la relación entre los diversos espacios urbanos (construidos, libres y verdes). Asimismo, se hace referencia también a las “diversas vocaciones de la ciudad, adquiridas a lo largo de su historia”, con lo cual se introducen componentes intangibles vinculados con la sustancia material.

En lo que va del siglo XXI, dos documentos resultan interesantes a los fines de nuestro tema. En mayo de 2005 y como resultado de una reunión sobre patrimonio mundial y arquitectura contemporánea, organizada por el Centro del Patrimonio Mundial de UNESCO, se elaboró el Memorando de Viena, en el que se introduce el concepto de “paisaje urbano histórico”, para el cual se propone una definición basada en la Recomendación de Nairobi de 1976. Se especifica que está compuesto por elementos definitorios de su carácter que incluyen patrones y uso de la tierra, organización espacial, relaciones visuales, topografía y suelos, vegetación y todos los elementos de la técnica de la infraestructura, incluidos objetos en pequeña escala y detalles de construcción. Aparece una explícita referencia al tema de nuestro interés al establecer que la preservación de los sitios patrimonio mundial supone el diseño del espacio público, prestando particular atención a su funcionalidad, escala, materiales, iluminación, mobiliario, publicidad en la vía pública y vegetación. Se recomienda que el planeamiento urbano en zonas patrimoniales incluya todas las medidas para respetar la estructura histórica, el parque edilicio y el contexto, y para mitigar los efectos negativos de la circulación del tránsito y el estacionamiento. Al igual que documentos anteriores, reclama la necesidad de una rigurosa planificación, a la vez que establece que la inserción de arquitectura contemporánea en ámbitos históricos puede ser un elemento de enriquecimiento de los mismos, con la condición de su armoniosa integración a través de escala y materiales.

El mismo año de la reunión de Viena, el ICOMOS celebró su XIV Asamblea General en la ciudad china de Xi'an. El tema del simposio científico estuvo referido al entorno de las estructuras, los sitios y áreas patrimoniales, lo que dio por resultado el documento conocido como *Declaración de Xi'an*. Se define al entorno como el medio característico, ya sea de naturaleza reducida o extensa, que forma parte de, o contribuye a, su significado y carácter distintivo. Una vez más, la planificación, legislación y reglamentaciones adecuadas aparecen como requisitos básicos para la gestión. Especifica además la necesidad de proceder a estudios de impacto ambiental ante proyectos que puedan tener incidencia en los entornos de estructuras o sitios patrimoniales, así como a acciones de seguimiento.

Por su parte, los documentos de UNESCO referidos a patrimonio intangible no dejan de lado al espacio público, ya que incluyen no sólo prácticas o manifestaciones sociales sino también los ámbitos en que se desarrollan. Plazas

y calles son, por lo general, el escenario por excelencia de manifestaciones religiosas o festivas, o de las expresiones, planificadas o espontáneas, de la comunidad.

En España, un referente específico sobre el tema es la Declaración de Burgos sobre Derechos del Espacio Público, del año 2001. El interés fundamental de este documento reside, justamente, en reconocer al espacio público como una entidad poseedora de ciertos derechos, entre ellos: derecho a su propia identidad y a proporcionarla a quien lo usa, a ser útil, a mantener la riqueza de funciones, a ser hermoso, a ser accesible, a no ser usurpado o mermado, a ser seguro y estar limpio, a ser auténtico y a tener un nombre. Como remate de este apartado, nos parece importante la vinculación propuesta por este documento entre espacio público e identidad; reuniendo los tres términos con que iniciamos estas notas, el documento de Burgos afirma que el espacio público tiene derecho a ser un “lugar” y, como tal, contribuir a la definición de la identidad cultural de los habitantes de la ciudad.

A modo de conclusión

La referida evolución del concepto de patrimonio, plasmada en los documentos internacionales que establecen

el marco teórico de la materia, condujo a una visión actual del problema en el que la noción de patrimonio incluye una notable diversidad de bienes tangibles e intangibles. Tal ampliación, en naturaleza y escala de bienes, va acompañada, a partir de los aportes de las ciencias sociales, de una comprensión del patrimonio como un capital social de fundamental importancia, no sólo en su carácter de referente simbólico de la identidad cultural, sino también como recurso económico para asegurar el desarrollo sustentable.

En este marco, el espacio público ocupa un lugar de privilegio en varios aspectos. Por un lado, ámbitos como plazas, calles, parques y jardines han actuado históricamente como condensadores de la vida de la comunidad y constituyen, por lo tanto, referentes esenciales de su identidad. Si consideramos un espacio público y sus límites, por lo general definidos por componentes arquitectónicos, el valor de conjunto supera al de las partes consideradas en tanto entidades individuales, a lo que se suman los componentes inmateriales centrados en la diversidad de prácticas sociales que tienen al espacio público como escenario. No es extraño, entonces, que el espacio público, sus vocaciones y significados ocupen un espacio cada vez más significativo, aunque a veces no mencionado explícitamente, en las teorías sobre el patrimonio.

Bibliografía

BENAVIDES SOLÍS, J. (1999) *Diccionario razonado de bienes culturales*. Sevilla: Padilla, 1999

CHOAY, F. (1992) *L'allégorie du patrimoine*. París: Seuil, 1992

CONSEJO DE EUROPA (1975) *Declaración de Ámsterdam*. Ámsterdam, 1975

COROMINAS, J. (2003) *Breve Diccionario Etimológico de la Lengua Castellana*. Madrid: Gredos, 2003

ERDER, C. (1986) *Our architectural heritage: form consciousness to conservation*. París: UNESCO, 1986

GARCÍA CANCLINI, N. (2005) *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Buenos Aires: Paidós, 2005

GIOVANNONI, G. (1998) *L'urbanisme face aux villes anciennes*. París: Seuil, 1998

ICOMOS – IFLA (1982) *Carta de Florencia*. Florencia, 1982

ICOMOS (1987) *Carta Internacional para la conservación de ciudades y áreas urbanas históricas*. Washington D.C., 1987

ICOMOS (1999) *Carta Internacional sobre turismo cultural*. México, 1999

ICOMOS (2005) *Declaración de Xi'an*. Xi'an, 2005

ORGANIZACIÓN DE ESTADOS AMERICANOS (1967) *Normas de Quito*, 1967

PRATS, L. (1997) *Antropología y patrimonio*. Barcelona: Ariel, 1997

ROSSI, A. (1982) *La arquitectura de la ciudad*. Barcelona: Gustavo Gili, 1982

SUÁREZ-INCLÁN, M. R. (2003) *Los Itinerarios Culturales* (en línea) The CIIC International Scientific Magazine, 2003

http://www.icomos-ciic.org/INDEX_esp.htm
(Consultado el 8 de febrero de 2007)

UNESCO (1972) *Convención relativa a la salvaguarda del patrimonio mundial cultural y natural*. París, 1972

UNESCO (1976) *Recomendación relativa a la salvaguarda de los conjuntos históricos y su función en la vida contemporánea*. Nairobi, 1976

UNESCO (1989) *Recomendación sobre la salvaguardia de la cultura tradicional y popular*. París, 1989

UNESCO (2003) *Convención para la salvaguardia del patrimonio cultural inmaterial*. París, 2003

UNESCO (2005) *World Heritage Committee Operational Guidelines for the implementation of the World Heritage Convention*, 2005

VITRUVIO, M. L. *Los diez libros de Arquitectura*. Barcelona: Iberia, 1997